Y extremecióse su rostro. Se apagó el fulgor de su mirada y su sonrisa de triunfo en sus labios.

—Arrastrábame la curiosidad hacia tí,—continuó Arsinoé,—y quería saber si había hallado la verdad en tu camino y como había terminado. Me revestí el hábito de un monje bajamos por el Nilo con el hermano Juventino hasta llegar á Alejandría. Luego, llegamos á Antioquía en un navío y hemos continuado con una gran caravana asiria cruzando Aparnea, Epifania y Edessa hasta la frontera. Pasados mil peligros atravesamos los desiertos de la Mesopotamia abandonados por los persas. No muy lejos de la ciudad de Abuzat y después de la victoria de Ktesifonte hemos distinguido por fin tu campamento. ¡Y ahora heme aquí!... ¿Y tú Juliano?

Este suspiró inclinando la cabeza sin contestar.

Luego alzando la vista preguntó:

—¿Y ahora tu también le detestas?

—No, ¿porqué lo dices?—contesto con sencillez Arsinoé.—¿Porqué he de detestarle? Los sabios de la Hellade, ¿no se aproximaban á las doctrinas predicadas por el Galileo? Los que en el desierto mortifican su cuerpo y su espíritu están muy lejos del humilde hijo de María. ¡El hijo de María amaba á los niños, la alegría, la libertad y los blancos lírios, él amaba en fin la belleza, Juliano!... Nos hemos alejado de él y nos hemos entristecido entre las sombras. A tí, todos te denominan el renegado...

Juliano de rodillas ante Arsinoé, levantaba hasta ella su mirada llena de lágrimas y súplicas que bajaban lentamente por sus mejillas demacradas.

—¡Oh! ¡no es necesario!—murmuraba—¡no hables! ¿para qué? Olvidemos lo que fué. ¡No seas de nuevo mi enemigo!

—¡No, no; he de contártelo todo!—contestó Arsinoé,—¡oye!... ¡sé que tu le amas! calla; es así; y... en ello está precisamente la maldición. ¿Contra quién estás rebelado? ¿Qué suerte de enemigo eres tu para él? Cuando tu boca maldice al crucificado tu corazón alienta junto á él más cerca de su espíritu que aquellos que repiten con fríos labios: «¡Señor! ¡Señor!...» ¡Sí, esos son tus enemigos, y no él! ¿Dí, porqué te atormentas más que los monjes galileos?

Juliano se separó de los brazos de la joven y levantóse pálido como un cadáver. Su rostro estaba descompuesto y en su mirada relampagueó el antíguo odio.

Oíasele murmurar con dolorosa ironía:

—¡Oh! ¡vete!... muy lejos, conozco las astucias de los galileos.

Arsinoé mirábale con lástima y desesperación como á un pobre loco.

—¿Juliano, dí, que tienes? ¿es posible que un hombre?...

El emperador se dominaba por momentos. Apagóse la luz en su mirada y el rostro tomó una expresión fría y casi burlona.

El emperador romano hablaba á una galilea.

—¡Arsinoé, vete! olvida cuanto te he dicho. El momento de debilidad ha pasado y estoy tranquilo y sosegado. Como puedes ver, siempre seremos ex-

traños uno al otro. La sombra del Galileo estará siempre entre los dos. Tú no renegaste de él, y quien no es su enemigo, no puede ser mi amigo.

Arsinoé arrodillóse ante él.

—¿Por què, Juliano, por qué? ¿qué haces? Ten lástima de tí mismo, que aun es tiempo. Eso es locura y debes volver en tí, si no...

No acabó la frase y él la terminó por ella con gesto altanero:

—¿Pereceré? es lo que quieres decir, ¿verdad? ¡Pues sea! ¡seguiré hasta el fin mi camino sea donde sea! Si como tú dices he sido injusto con los sabios de Galilea, recuerda lo que por ellos he sufrido. ¡Oh! cuán numerosos y despreciables mis enemigos. Oye... una vez unos guerreros romanos hallaron en mi presencia en un pantano de Mesopotania, un león perseguido por moscas venenosas. Metíanse en sus narices, en sus orejas, en la boca, no le dejaban respirar, le hacían cerrar los ojos y á picaduras acabaron con sus fuerzas. Esa será mi muerte y tal la victoria de los galileos sobre el César romano.

La joven continuaba con sus manos pálidas tendidas hacia él sin hablar, sin esperanza alguna como si Juliano hubiese muerto.

Entre ambos había un abismo que los vivos no pueden franquear.

. . . . . .

Acercábase el 20 de Julio y el ejército romano, después de un largo trayecto á través de las llanuras abrasadas, encontró en el profundo valle del

río Durus alguna hierba y un campo de trigo maduro que respetó el incendio.

El ejército recogió la harina y el descanso en el valle duró tres días.

Los soldados sentíanse dichosos y se acostaban respirando la embalsamada frescura de la tierra y doblaban los tallos de las altas hierbas con el peso de sus cuerpos.

El cuarto día, al despuntar el alba, en la cumbre de las montañas vecinas, los centinelas romanos distinguieron una nube de humo ó de polvo. Suponian unos que fueran asnos salvajes que corrían en rebaños para defenderse contra el ataque de los leones.

Afirmaban otros que eran sarracenos atraídos por las nuevas del sitio de Ktesifonte; algunos no ocultaban su miedo de que fuese el gran ejército del rey Sapor.

El emperador mandó tocar llamada y las cohortes, en severo orden de defensa formando círculo, tras los escudos reunidos que los protegían, como muros metálicos, prepararon un campamento á la orilla del río.

La nube de polvo ó la humareda permaneció hasta la tarde en el horizonte sin que pudiera adivinarse con certeza lo que presagiaba.

Llegó la noche obscura y tranquila. No brillaban las estrellas. Los romanos estaban despiertos, en pie, alrededor de grandes hogueras, aguardando en silenciosa quietud la salida del sol.